

Poesías de Miguel de Unamuno.



ID CON DIOS!

Aquí os entrego, á contratiempo acaso,
flores de otoño, cantos de secreto.
¡Cuántos murieron sin haber nacido,
dejando, como embrión, un solo verso!
¡Cuántos sobre mi frente, y so las nubes
brillando un punto al sol, entre mis sueños,
desfilaron como aves peregrinas,
de su canto al compás llevando el vuelo,
y al querer enjaularlas yo en palabras,
del olvido á los montes se me fueron!
Por cada uno de estos pobres cantos,
hijos del alma, que con ella os dejo,
¡cuántos en el primer vagido endeble
faltos de aire de ritmo se murieron!
Estos que os doy logré sacar á vida,
y á luchar por la eterna aquí os los dejo;
quieren vivir, cantar en vuestras mentes,
y les confió el logro de su intento.
Les pongo en el camino de la gloria
ó del olvido: hice ya por ellos
lo que debía hacer; que por mí hagan
ellos lo que me deban, justicieros.
Y al salir del abrigo de mi casa,
con alegría y con pesar los veo;

(1) Nuestro Secretario de Redacción, D. Mariano Miguel de Val, ha recibido, con el libro de poesías del Sr. Unamuno, una interesante carta del rector ilustre, de la cual entresacamos los siguientes párrafos:

«Cuando publiqué mi *Vida de Don Quijote*, en que la obra de Cervantes era un pretexto, todo se volvió criticar la relación mía á su respecto, ó hacer hincapié en accidentalidades como el cotojo entre D. Quijote y Loyola. Ha sido preciso que hayan pasado dos años, y que el libro haya llamado la atención en Italia, para que en lo que va de año se hayan publicado en cuatro revistas italianas: *Leonardo*, de Florencia; *Rinnovamento*, de Milán; *La Nuova Parola y Prose*, de Roma, otros tantos estudios sobre él, entrando, con uno ú otro criterio, en su meollo y sustancia.

«Y así les pasará á mis *poesías*. Usted verá que la mayor parte están compuestas con arreglo á la preceptiva tradicional—aunque yo estimo ésta mezquina y escolástica—, y las demás en ritmo libre, pero con su ley, y muchas al modo de Carducci y Leopardi. Pues bien: á esto se agarrarán los que no se atreven á hincar el diente á la sustancia.

«Yo sé, por lo demás, que antes convenceré á la cabeza y al corazón que no al oído de esta casta africana, que le tiene formado en el tamboril y la dulzaina.

«Allá, en mi pueblo, solía los domingos reunirse un rolde de gente artesana en torno al quiosco de la música, para bailar lo que tocaran. Pero la banda empezó á tocar algo de Wagner y cosas así, y los buenos artesanos, que iban á desentumecer las piernas de las estrecheces de la semana, se dijeron: «Y esto, ¿cómo se baila?» Que es como si dijeran: «Y esto, ¿cómo se come?» Y así sucede aquí á los más; y es que, por fuerza atávica, llevan el compás con los pies.

«Cuando no saben cómo bailar algo, lo declaran antimusical porque les entrañas no les bailan. Usted sabe que los primeros versos se hicieron para cantarlos y acompañar al baile. Y los míos no son bailables.

«Agregue que la gente no sabe leer. Tienen hecha la boca á aquella execrable declamación de Ricardo Calvo, ó al canturreo de Zorrilla.»

y más que no por mí, su pobre padre,
por ellos, pobres hijos míos, tiemblo.
Hijos del alma, pobres cantos míos,
que calenté al arrimo de mi pecho,
cuando al nacer mis penas balbucíais
hacíais de ellas mi mejor consuelo!
Íos con Dios, pues que con Él vinisteis
en mí á tomar, cual carne viva, verbo;
responderéis por mí ante Él, que sabe
que no es lo malo que hago, aunque no quiero,
si no vosotros sois de mi alma el fruto;
vosotros reveláis mi sentimiento,
¡hijos de libertad!, y no mis obras,
en las que soy de extraño sino siervo;
no son mis hechos míos, sois vosotros,
y así no de ellos soy, sino soy vuestro.
Vosotros apuráis mis obras todas;
sois mis actos de fe, mis valederos.
Del tiempo en la corriente fugitiva
flotan sueltas las raíces de mis hechos,
mientras las de mis cantos prenden firmes
en la rocosa entraña de lo eterno.
Íos con Dios; corred de Dios el mundo;
desparramad por él vuestro misterio,
y que al morir, en mi postrer jornada
me forméis, cual calzada, mi sendero:
el de ir y no volver, el que me lleve
á perderme, por fin, en aquel seno
de que á mi alma vinieron vuestras almas,
á anegarme en el fondo del silencio.
Id con Dios, cantos míos, y Dios quiera
que el calor que sacasteis de mi pecho,
si el frío de la noche os lo robara,
lo recobréis en corazón abierto
donde podáis posar al dulce abrigo,
para otra vez alzar, de día, el vuelo.
Íos con Dios, heraldos de esperanzas
vestidas del verdor de mis recuerdos;
Íos con Dios, y que su soplo os lleve
á tomar en lo eterno, por fin, puerto.





EL AVENTURERO SUEÑA

Soñó la vida en la llanura inmensa,
bajo el cielo bruñido
como un espejo;
la soñó inacabable y reposada,
llevando el mundo todo
dentro del pecho.

Y al contemplar en el ocaso sierras
de nubes encendidas,
soñó su esfuerzo
que más allá se abrían nuevos mundos
encendidos, cual nubes,
todo portentos.

Mundos de oro, de rojo, de vestiglos,
que muy pronto en ceniza
verá deshechos,
cuando sus ojos infinitos abra
al despertar, de noche,
su padre el cielo.

Y más allá, también de las estrellas
soñó valles recónditos
de un mundo eterno,
un mundo de oro líquido en que el alma
cobra frescor de vida
del mismo fuego.

Su corazón sentíase abrumado
de los henchidos siglos
so el duro peso;
peladas sierras de mortal fatiga
llevaba su alma á cuevas,
de nacimiento.

Y se dejó mecer al dulce arrullo
que en la serena noche
llega en secreto
de la bóveda toda, á quien contempla
de sus millones de ojos
el parpadeo.



Y al resplandor de la preñada luna
 vió perderse los páramos
 blancos y yermos
 allá en las nubes, y arrancar desde éstas
 de Santiago el camino
 con rumbo al cielo.



Cielo, nubes y tierra, todo uno
 le reveló la luna
 —¡mágico espejo!—:
 todo ceniza, que algún día en polvo
 volverá para siempre
 de Dios al seno.

Á LA LIBERTAD

«¡Libertad! ¡Libertad!», sonó en los cielos,
 mas no en el seno obscuro de la Tierra;
 cayéronsele al siervo las esposas,
 rotas no, sino sueltas.

De las manos cayéronle, y del suelo
 la Ley las recogió, piadosa y seria;
 le ató los pies con ellas, hechas grillos,
 y quedó satisfecha.

Mientras no suene el grito en lo profundo
 del seno inviolado de la Tierra,
 andarás, Libertad, tú por los cielos,
 y tu esclavo á la gleba.

Libertad, Libertad, si quieres libres
 á tus esclavos, date tú por presa,
 baja del cielo, y de la pobre Madre
 en las entrañas entra.

Mientras la Tierra cotos sufra y vallas,
 y los campos de Dios sean dehesa,
 irán sus hijos con las manos libres
 y arrastrando cadenas.



Baja del cielo, Libertad sagrada;
 hazte carne en el seno de la Tierra;





y entre dolor y sangre, un día hermoso
nos nacerás entera.

Ven, redentora, fuente de esperanzas;
la pobre Madre con afán te espera;
ven, hinche pronto su regazo santo
y tráenos vida nueva.

Día de redención, de amor, de gloria,
será el día del parto, en primavera,
y de sangre y dolor, de sol y vida,
cuando tú te hagas nuestra.

Baja del cielo, Libertad sublime,
y humillándote al mundo hazte terrena;
rompe los grillos del derecho infame,
¡y ensánchanos la Tierra!

SIN SENTIDO

Quisiera no saber lo que dijese;
nada decir; hablar, hablar tan sólo;
con palabras uncidas sin sentido
verter el alma.

¿Qué os importa el sentido de las cosas,
si su música oís, y entre los labios
os brotan las palabras como flores
limpias de fruto?

Palabras virginales, dulces, castas,
monorítmicas, graves y profundas:
palabras que recuerdan tiernas tardes
languidecidas.

Oh, dejadme dormir y repetidme
la letanía del dormir tranquilo;
dejad caer en mi alma las palabras
sonoramente.

¡Oh, la primaveral verde tibieza,
que, en mi pecho metiéndose, susurra
secretos á mi oído, y misteriosa
nada me dice!



Claras mañanas de esperanza henchidas,
serenas tardes del vivir desnudo,
noches calladas de sosiego dulce,
¿cuál vuestra lengua?



Y luego... ¿qué? ¡No sé! ¿Y eso qué importa?
¡Podéis cortar donde queráis; el cuento
nunca se acaba, y, por lo tanto, acaba
donde se quiera!

Fluye el regato entre las frescas flores,
y es el órgano vivo cuya música
sirve de fondo al canto polifónico
que alzan los pájaros.

Brotan las melodías de los nidos,
y la armonía surge de las aguas;
el coro, en el follaje y entre el césped,
concierta el órgano.

Y no calla de día ni de noche;
nos canta sin cesar su canto eterno,
que, como no empezó á nuestros oídos,
tampoco acaba.

¿Y qué dice? ¿Qué dice? Si dijera
lo que decís que dice, no diría
lo que queréis que diga; y al decirlo,
no le oirías.

Suena el regato entre las frescas flores,
acompañando al canto de los pájaros;
y si éste es de dolor, y si es de júbilo,
igual el órgano.

¡Oh, no busquéis la letra, la que mata;
lo que vida nos da, buscad espíritu!
¿Qué ha querido decir? Prosigue... ¡Déjalo!
¡Busca lo íntimo!

Mientras duermen los campos, el rocío
vivifica á las flores soñadoras;
duerme, mi alma, que el rocío dulce
de la palabra





caerá sobre tus flores tus sentiros,
que luego beberán esa celeste
esencia de la noche, cuando el beso
del Sol les dore.

¿Queréis que acabe ya? ¡Bueno! Ahí os queda
ese zumbar que deja la campana,
muriéndose en el ámbito sereno
de blanca tarde;

ese sagrado trémolo que muere
derretido en la luz que se derrite
cuando al Angelus nacen las estrellas
y se abre el cielo.

Si os dejara en el alma un vago trémolo
como el que baja de esa vieja torre,
que á la oración nos llama, os dejaría
mi alma toda.

Acabo ya, y continuad vosotros;
si os limpié de conceptos el espíritu,
por pagado me doy de estas estrofas
tan sin sentido.

NIÑEZ

Vuelvo á ti, mi niñez, como volvía
á tierra á recobrar fuerzas Anteo;
cuando en tus brazos yazgo, en mí me veo;
es mi asilo mejor tu compañía.

De mi vida en la senda, eres la guía
que me aparta de todo devaneo,
purificas en mí todo deseo,
eres el manantial de mi alegría.

Siempre que voy en ti á buscarme, nido
de mi niñez, Bilbao, rincón querido
en que ensayé con ansia el primer vuelo,
súbeme de alma á flor mi edad primera,
cantándome recuerdos, agorera,
preñados de esperanzas y de consuelo.



MEMNÓN



Dormitando su vida el cocodrilo
bebe sangre del Sol en la ribera,
mientras toma el beduino por cantera
la Esfinge que en la arena buscó asilo.

Duerme el Pasado junto al sacro Nilo,
con el alma en granito prisionera,
y en el pétreo Memnón su fallo espera,
mirando al cielo con mirar tranquilo.

Mas cuando allá, del alba en el Oriente,
rompe la luz en río caudaloso,
inundando de vida en un torrente

el seno de la Historia tenebroso,
toma de ésta la voz, y, en himno hirviente,
leve oración al Sol reza el coloso.

Miguel de Unamuno.

Del libro *Poetas*, que acaba de ver la luz.

